



José Luis Larrea
Presidente de Ibermática

El desafío de la innovación y la cooperación universidad-empresa

El entorno general en el que se mueve nuestra actividad pone de manifiesto la imperiosa necesidad de abordar el reto de pasar de administrar a gobernar, de administrar cosas a gobernar el caos. En este mundo, caracterizado por la globalización, la impactante influencia de las Tecnologías de la Información y Comunicaciones (TIC) y la tremenda velocidad que impera en los flujos de información, es necesario cultivar los valores de la anticipación y la flexibilidad, y apostar por la innovación. La innovación tiene una gran capacidad de transformar la economía y la sociedad, es garantía de competitividad frente a la incertidumbre, moviliza fuerzas y aspiraciones, genera cultura y crea un clima de ganadores.

Es importante asumir que para generar una cultura de la innovación necesitamos un nuevo lenguaje de la innovación. Un lenguaje común que nos permita compartir, crear un código de la innovación, un lenguaje con su poética y su práctica. Y la primera piedra de ese lenguaje es conceptualizar la innovación. Entender qué concepto de innovación nos interesa. Si innovar es introducir novedades en alguna cosa, eso se puede conseguir entendiendo la innovación como un suceso o como un proceso. Pues bien, el reto es la innovación sostenible y competitiva, sostenible en el tiempo y útil, con resultados. El reto de pasar de la innovación como suceso a la innovación como proceso.

Esta innovación sostenible y competitiva se inspira en una serie de principios que la caracterizan como un concepto abierto, que nos habla de transformación y ruptura, busca resultados en el tiempo y necesita medirse, sigue el camino de la excelencia y la calidad, reconoce la diversidad como un espacio de enriquecimiento, se inspira en la naturaleza y el entorno, se produce en todos los ámbitos de actividad, resalta el valor de la persona, no es cuestión de tamaño y descansa en valores que conforman cultura, la principal ventaja competitiva. Por último, la innovación se inspira en atreverse, superar los miedos y cambiar de perspectiva.

Este concepto de innovación se refleja en los sistemas con arreglo a cinco leyes que nos hablan de equilibrar la creatividad y la modelización sobre la base de los valores (El círculo de Leonardo), de gestionar contradicciones (El combate), de aprender a convivir con más preguntas que respuestas (La aventura), de ganar el universo de los valores marginales (El desafío) y de no especular con el tiempo (El tiempo).

Las leyes de la innovación gobiernan todos los sistemas que podríamos modelizar de manera general con arreglo a un Modelo de Innovación Competitiva (MIC), que tiene la virtualidad de aplicarse a diferentes realidades y poder obtener conclusiones sobre las mismas desde la perspectiva de los sistemas de innovación.

El MIC descansa sobre los valores y proyecta tres motores, tres elementos básicos de cuya confluencia surge la innovación. Los tres motores son la tecnología (sobre todo las TIC), el conocimiento (que es formación, información y comunicación) y la cooperación. De estos tres motores me gustaría destacar la cooperación, pues, en el límite, la tecnología y el conocimiento se pueden comprar, pero la cooperación no tiene precio.

Estos tres motores son claves en las distintas fases de la cadena de valor de la innovación, que pasa por percibir el entorno; configurar un proyecto compartido que genere confianza; ser capaz de dar respuestas rápidas y creativas; implantar y desarrollar la respuesta; interiorizar, repetir y repartir el éxito; y transmitir y vender el éxito fuera. Recorrer estos pasos permite generar un verdadero círculo virtuoso de la innovación.

Este círculo debe moverse con la velocidad adecuada por lo que la gestión del tiempo es fundamental y además debe contar con un liderazgo alineado con los valores de la innovación, un liderazgo cooperativo.

De una manera simple caracterizaremos los elementos básicos de referencia del modelo MIC atendiendo a los valores, la tecnología, el conocimiento, la cooperación, la gestión del tiempo y el liderazgo. Así nos podremos acercar a cualquier sistema desde este prisma y sacar conclusiones sobre el comportamiento de estos elementos críticos.

La siguiente cuestión consiste en observar el conjunto de la sociedad como un sistema de innovación e identificar los principales agentes del mismo. Pues bien, partiendo de la propia persona como el principal agente de innovación podríamos identificar, entre otros, a los siguientes: el sistema educativo no universitario, el sistema universitario, los centros tecnológicos, los sindicatos, las empresas, las asociaciones empresariales, las instituciones financieras y de capital riesgo, las administraciones públicas, los organismos de asistencia social y solidaridad y los organismos culturales.

Todos estos agentes debemos analizarlos desde una triple vertiente: como sistemas de innovación en sí mismos, como potencial de influencia en el sistema social global y desde el punto de vista de su capacidad de interactuar con el resto de los agentes. No dejan de ser vertientes de una misma realidad pero nos pueden presentar perfiles diferentes. Pues bien, desde esta triple vertiente el Sistema Universitario adquiere especial relevancia.

La Universidad es el agente básico de referencia para explicar el desarrollo económico y social, ya que es la referencia fundamental en todo sistema de innovación. No debemos olvidar que la Universidad se proyecta a través de tres ejes fundamentales: formar profesionales, desarrollar la ciencia y la tecnología, y transmitir y crear valores. Nos encontramos así con un agente que opera sobre valores, tecnología, conocimiento, cooperación, tiempo y liderazgo.

Por todo lo anterior, tenemos una verdadera urgencia histórica de transformar la propia Universidad para que pueda responder al desafío de la innovación. Necesitamos

romper la burocracia instalada. Una burocracia que trasciende de la propia organización y se proyecta en las ideas. Necesitamos propiciar mayores grados de cooperación interuniversitaria e intrauniversitaria. Realmente hay mucho que mejorar si queremos que la Universidad juegue el papel que le corresponde en el sistema global de innovación. Nos jugamos demasiado.

Por último, debemos intensificar el espacio de cooperación entre la Universidad y la empresa para configurar un espacio abierto para el emprendedor. No vale con criticar desde la empresa a la Universidad. La empresa debe implicarse, pues tampoco está a la altura de lo que este espacio de cooperación necesita. Y debe hacerse pasando del discurso a la práctica, a las cosas concretas, a las cosas útiles.

El espacio en el que se proyecta el espíritu emprendedor, básico para el sistema de innovación, se trabaja en la Universidad pero debe compartirse por la empresa y en la empresa. Mi opinión es que se puede hacer mucho y no hacemos nada, no pasamos del discurso del reproche al de la cooperación. En el fondo porque es más cómodo, pero así no progresaremos y la innovación, tan necesaria, no se producirá.